

DE LA DUDA UNIVERSAL A LA EXISTENCIA DE DIOS

(PROBLEMAS DE LA METAFISICA CARTESIANA)

En su meditación inicial sobre la Filosofía Primera, Descartes expone su célebre punto de partida de **la duda universal**. Debemos dudar de la existencia de las cosas corpóreas o conocidas por los sentidos porque éstos a veces nos engañan y porque no existe un criterio que nos permita distinguir netamente la vigilia del sueño. Pero aún las cosas que durante el sueño nos representamos tienen que estar hechas a semejanza de algo verdadero; el cuerpo, los ojos y las manos se hacen sobre la mezcla de cosas más simples y universales que son: la naturaleza corpórea en general y su extensión, la figura, la cantidad, el número, el lugar y el tiempo. Las ciencias que de estas cosas tratan—la Aritmética y la Geometría—sin preocuparse de si existen o no en la Naturaleza, contienen algo de cierto e indudable. Descartes comienza pues, dudando de la existencia y verdad de las cosas corpóreas pero no de los objetos matemáticos, lo cual está de acuerdo con su criterio de verdad de lo claro y distinto, criterio inspirado en el modo como se nos muestra la evidencia de los axiomas matemáticos.

Pero, tanto las verdades físicas como las matemáticas dependen de la voluntad de Dios (Descartes no admite la existencia de relaciones que por nacer de la esencia divina no dependen de la voluntad de Dios y en esto se diferencia de los escolásticos). El que nos engañemos es contrario a la bondad divina (esto, como todo lo que sigue en la primera meditación es en Descartes un mero supuesto). Por consiguiente, si nos engañamos algunas veces es lícito sospechar que Dios pueda ser el genio maligno de la duda, que emplea todo su poder en engañarnos por lo que respecta a la

existencia de las cosas corpóreas. Este es, en síntesis, el contenido de la primera meditación.

Es completamente equivocado interpretar como escéptica la duda inicial de Descartes. Ella tiene simplemente un valor metodológico y quiere preparar los espíritus a considerar las cosas espirituales desligadas de las corporales, manifestándose así a través del método, la idea que tiene Descartes de las relaciones entre el cuerpo y el alma. Por otro lado, Descartes declara que al liberarse de todo "prejuicio", gracias a la duda inicial, una vez que conozca las cosas como verdaderas no volverá a caer en el error.

En la segunda meditación, Descartes analiza el problema de la naturaleza del espíritu humano, que, según él, es más fácil de conocer que la del cuerpo. Aquí busca Descartes una **firmeza inicial**, una cosa cierta e indudable, que compara con el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el mundo. Esta firmeza inicial no se la dan ni los objetos físicos, ni los matemáticos, ni la existencia de Dios como genio maligno de la duda, sino **la existencia de su yo, derivada de la de su pensamiento**. "Pienso; luego existo" dice el filósofo. "Yo era puesto que me he persuadido o pensado algo". Y de existir el genio maligno, "no hay duda de que soy, si él me engaña". La proposición "pienso; luego existo" es necesariamente verdadera.

La firmeza inicial, para Descartes, **no es un raciocinio lógico sino una certeza intuitiva**, "una verdad que penetra el alma sin ayuda de un principio general y sin deducción lógica". Su *Metafísica* se fundamenta en una intuición. Pero el "cogito, ergo sum" ¿es verdaderamente una intuición o la aplicación a su pensamiento del principio de causalidad? Más parece esto último, por lo que Descartes dice después: "Soy una cosa que piensa", es decir, "una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente". Con esto, Descartes no hace más que afirmar la existencia de su yo, como causa de sus actividades mentales.

Descartes no duda del ser de su pensamiento como atributo de una sustancia pensante y esta es, para el filósofo, la primera cosa que se puede conocer ciertamente, porque la percibe de modo

claro y distinto. Por consiguiente, en el "cogito" se revela el lazo de la evidencia (Teoría del conocimiento) con la realidad (Metafísica).

A continuación, Descartes se esfuerza en probar que el espíritu es más fácil de conocer que los cuerpos. La percepción, por la cual conocemos los cuerpos, no es un acto de los sentidos, ni de la imaginación sino del entendimiento. Es una inspección del espíritu, clara y distinta gracias a la atención. Y si las percepciones, son en el fondo, actos del espíritu, nada es tan fácil de conocer como el espíritu. "Si juzgo que la cera es o existe, porque la veo, más evidente es que yo soy o existo porque yo soy el que la veo". Con esto refuerza Descartes su opinión de que **toda Metafísica ha de comenzar por el conocimiento del espíritu.**

Llegamos así a la tercera meditación, en la que Descartes prueba **la existencia de Dios**, punto central de toda su doctrina y fundamento no solo de su Metafísica sino de su Teoría del Conocimiento. La existencia de Dios le permite a Descartes afirmar que las representaciones del yo no son meras representaciones (solipismo) pues corresponden a algo real. Entre todas ellas, hay una que no puede proceder de nosotros, que es **la idea de Dios, ser necesariamente existente**. Probando la existencia de Dios, Descartes pasa de la certidumbre del "cogito", certidumbre particular, limitada a una existencia y a una duración finitas, a la certidumbre y a la verdad en sí. Pasa, como dice Jacques Chevalier, de **una evidencia a la evidencia; de una certeza a la certeza.**

Descartes dice que si no probamos la existencia de Dios y averiguamos si puede o no engañarnos, no podemos considerar como cierta ninguna cosa (el mismo "cogito" quedaría reducido a una certeza subjetiva). Dicha prueba no la va a efectuar por comparaciones sacadas de las cosas corporales, con el fin de alejar en lo posible el espíritu del uso y comunicación de los sentidos. La va a efectuar valiéndose de la noción de **causa**, noción constitutiva del espíritu humano, "clara y distinta", al igual que el cogito. De aquí que diga: "Es manifiesto a todo el mundo que la consideración de la causa eficiente es el primer y principal medio, por no decir el único que tenemos para probar la existencia de Dios".

Efectivamente, ya sea que consideremos **la causa** de la que proceden nuestras ideas, no como modos del pensamiento sino en tanto que representan objetos y más concretamente, causa de la idea de lo infinito; ya sea que consideremos **la causa** de nuestra finitud o imperfección o, mejor todavía, la causa de este ser finito que tiene la idea de lo finito, nos elevamos al instante a la idea de Dios, concebido como ser existente necesariamente y por sí. Vemos aquí que el fundamento de la prueba de la existencia de Dios en Descartes es el mismo que en la filosofía tomista: la causa eficiente.

Después de haber sintetizado así el modo como Descartes prueba la existencia de Dios en su tercera meditación, desarrollemos los dos argumentos analíticos y *a posteriori* con que nuestro filósofo llega a la existencia del Ser Supremo.

PRIMER ARGUMENTO.—Descartes distingue en primer término las ideas **innatas** de las **adventicias** y las **ficticias**. Las primeras son las que parecen haber nacido con nosotros, no entendiéndose por esto que se encuentren en acto desde el momento de nuestro nacimiento sino que, brotan de nuestro espíritu como de su propia actividad, sin provenir de los datos de los sentidos, los que solo les sirven de estímulo; tales son por ejemplo, la representación de sustancia y el principio de causalidad. Las ideas **adventicias**, nos parecen procedentes del exterior (la idea de calor por ejemplo), por no depender de nuestra voluntad; pero, como muchas cosas que no dependen de nuestra voluntad están en nuestro interior, dichas ideas pueden perfectamente provenir de nosotros. Por último, las ideas **ficticias**, también provienen de nosotros, por ser fruto de nuestra imaginación (la idea de sirena por ejemplo). Por consiguiente, **todas las ideas, en cuanto modos del pensamiento, proceden de nosotros.**

Pero ¿puede hacerse la misma afirmación de las ideas en cuanto representan cosas fuera de nuestro yo, o sea, en cuanto tienen **realidad objetiva**? Descartes entiende por **realidad objetiva**, la participación que, por representación, tienen las ideas de los grados del ser que representan y, en este sentido, la idea de sustancia contiene más realidad objetiva que la de accidente y la idea de

Dios, sustancia infinita, más que las de todos los seres finitos. El ser representado es la **causa** y la idea, en cuanto realidad objetiva, el **efecto**. Por consiguiente, las ideas no son causa de los objetos, diferenciándose en esto Descartes de los idealistas modernos.

“La luz natural—dice Descartes—nos enseña que en la causa eficiente y total debe haber, por lo menos, tanta realidad como en el efecto porque nadie puede dar lo que no tiene. La nada es incapaz de producir alguna cosa y lo más perfecto no es consecuencia de lo menos perfecto. Esto es **claro y evidente**, tanto para los efectos de realidad actual o formal (los seres del mundo, en cuanto producidos o causados) como para los de realidad objetiva (las ideas, en cuanto causadas por los seres que representan”).

La luz natural nos hace conocer pues que las ideas son cuadros o imágenes de las cosas representadas, más o menos perfectos pero nunca con más perfecciones que la cosa. Luego, si la realidad objetiva o perfección de alguna de nuestras ideas es tan grande que nosotros—seres finitos—no podemos ser la causa de ella podemos concluir con que nosotros no estamos solos en el mundo, pues hay otra cosa que existe que es la que ha causado dicha idea, cosa en la que se encuentra tanta realidad formal como la realidad objetiva contenida por la idea que la representa.

Después de haber estudiado así las ideas en cuanto contienen realidad objetiva y de haber puesto en evidencia que en este orden de cosas rige también el principio de causalidad, Descartes contesta a la pregunta que planteó: **todas las ideas, en cuanto representan cosas fuera de nuestro yo ¿proceden de nosotros?**

En nuestra mente tenemos ideas de Dios, de cosa corporal e inanimada, de ángel, de animal y de hombre. Las tres últimas se pueden obtener por combinación de las dos primeras. En la idea de cosa corporal no hay nada tan grande o excelente que no pueda originarse en nosotros. Sólo nos queda **la idea de Dios**, como sustancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, omnipotente y creadora del Universo. Estas cualidades son tan excelsas que nos persuaden de que dicha idea no ha sido originada por nosotros. “La idea de sustancia es en mí, del mismo modo que yo soy una sustancia; pero la idea de sustancia infinita, en mí que soy un ser finito no puede ser más que puesta por una substan-

cia infinita". Luego, **Dios existe** porque tiene que haber un ser que posea formalmente (en sí mismo) toda la realidad o perfección que se encuentra objetivamente en su idea.

No se puede decir que la realidad objetiva de la idea de Dios se encuentra solo objetivamente en el ser que la puso en nosotros, porque en este caso tendríamos que elevarnos a otro ser que la posea formalmente (en sí) y como no podemos elevarnos por un número infinito de seres, lógicamente tiene que haber uno que posea formalmente dicha realidad. Ese ser es **Dios**.

La idea que tenemos de Dios no es adventicia ni facticia sino **innata**; Dios la puso en nosotros al crearnos a su imagen y semejanza, así como el obrero pone su marca a la obra. No la hemos elaborado nosotros por negación de lo finito, porque primero tenemos la noción de lo infinito y después, por negación, la de lo finito. "¿Cómo podría conocer que dudo y deseo, es decir, que me falta alguna cosa y que no soy perfecto, si no tuviere alguna idea de un ser más perfecto que el mío, por cuya comparación conociera yo los defectos de mi naturaleza?" Con esto Descartes responde a la objeción que le hacen, diciendo que la idea del ser infinito procede de nosotros, por negación de lo finito.

Por otro lado, la negación de los límites de la experiencia solo nos lleva al concepto de lo indefinido (aquello de lo cual no podemos probar que tiene límites, como por ejemplo, la serie de los números) pero no al de lo infinito, que no se reduce a la noción negativa de la carencia de límites.

La existencia de Dios no deja de ser verdadera aunque nosotros no la comprendamos porque "es propio de lo infinito no ser comprendido por lo finito". Con esto refuta Descartes a los que dicen que Dios no existe por ser incomprensible para nosotros. "El espíritu conoce lo infinito pero no lo comprende, así como podemos tocar una montaña pero no la podemos abrazar".

Por último, Descartes analiza la posibilidad de que las perfecciones divinas se encontraran en nuestro yo, en potencia ya que nuestro conocimiento aumenta día a día y de este modo al crecer hasta lo infinito puede hacernos adquirir las perfecciones de Dios. El filósofo rechaza esta posibilidad, porque se opone a la noción de la divinidad, en la que nada se encuentra en potencia sino en acto.

Aquí se nota la influencia de la filosofía clásica y de la escolástica en el pensamiento de Descartes.

Después de haber analizado este argumento podemos ya señalar algunas diferencias entre la noción cartesiana de Dios y la de los escolásticos. Para Descartes no hay verdades ni relaciones que por depender de la esencia divina ni el mismo Dios puede cambiar; sostiene, a diferencia de los escolásticos que toda verdad depende de la voluntad divina. En segundo lugar, admite que nuestro entendimiento por sí solo, sin el auxilio de los objetos del mundo, se forma la idea de Dios, mientras que, para el pensamiento tomista, la base de las cinco pruebas de la existencia de Dios son los objetos del mundo porque "los seres creados imitan la esencia divina". En tercer término, mientras Descartes afirma que a la idea de Dios llegamos sólo por la vía positiva o afirmativa, para la escolástica, la noción de Dios se forma, a la vez, por las vías negativas y positiva: negando en Dios todo lo que es imperfección y atribuyéndole, en grado eminente, las perfecciones que encontramos en las creaturas.

SEGUNDO ARGUMENTO.—En este argumento, Descartes prueba la existencia de Dios por la contingencia del ser humano. De no existir Dios, el hombre habría recibido su existencia de sí mismo, de sus padres o de otra causa menos perfecta que Dios. Después de probar la imposibilidad de estos tres supuestos, concluye afirmando la existencia de Dios.

Si fuéramos autores de nosotros mismos, nos habríamos dado todas las perfecciones de que tenemos idea y seríamos iguales a Dios. No se podría decir que las perfecciones que nos faltan son más difíciles de adquirir que las que poseemos, porque más fácil nos es conocer muchas cosas que ignoramos que sacar una substancia pensante de la nada. Aún suponiendo que existiéramos desde la eternidad, necesitaríamos de Dios para conservarnos, porque la conservación no es otra cosa que una creación continuada y requiere el mismo poder, del cual nosotros carecemos. Por lo tanto, es evidente que dependemos de un ser distinto de nosotros.

¿Podríamos provenir de nuestros padres? Ellos se han limitado a engendrarnos pero no nos conservan ni han creado nuestro espíritu (aquí Descartes, al igual que los escolásticos rechaza el

traducianismo). Por consiguiente, de los padres tenemos que elevarnos a otra causa que nos haya dado el espíritu y que nos conserve, porque "en la causa debe haber por lo menos tanta realidad como en el efecto". Esa causa es Dios.

Tampoco nos hemos formado por varias causas, cada una de las cuales ha dado una de las perfecciones que atribuimos a Dios, las que se encontrarían separadas en el Universo, pero no reunidas en Dios, porque ello se opone a la unidad y a la simplicidad de Dios. Estas mismas perfecciones atribuye la filosofía tomista a Dios.

En conclusión: no pudiendo provenir nuestra existencia de nosotros mismos, de nuestros padres o de otras causas, proviene de Dios, el que tiene que existir. Esta prueba, más fuerte, pero menos significativa que la anterior, presenta una gran analogía con la prueba tradicional por la contingencia, porque se funda como ella en el principio de causalidad y en la necesidad racional de que haya una primera causa. Pero, Descartes, a diferencia de Santo Tomás, **no la aplica al mundo, de cuya existencia no está seguro todavía sino a su ser, en el que la existencia es conocida de modo evidente por su pensamiento. Vemos aquí como Descartes llega a la existencia de Dios siguiendo un camino rigurosamente consecuente con su punto de partida del "cogito".**

Nos interesa demostrar la convergencia de las dos pruebas con que Descartes llega, en su tercera meditación, a la existencia de Dios, convergencia en la que reside según él "toda la fuerza de su demostración". Dice nuestro filósofo: "Así como es un efecto de Dios el haberme creado, es también un efecto de El, haber puesto en mí su idea. Todas las demostraciones por los efectos se reducen a una. Porque mi alma, siendo finita, no podría conocer que el orden de las causas no es infinito sino en tanto que yo tengo en mí esta idea de la primera causa; y, todavía, admitida una primera causa que me conserva, yo no puedo decir que ella sea Dios si no tengo verdaderamente la idea de Dios". En otras palabras: la existencia de la idea de lo perfecto en el ser imperfecto, requiere necesariamente la existencia de Dios, ser perfecto.

Debemos advertir también que las pruebas de la existencia de Dios en Descartes, descansan sobre ciertas premisas evidentes e

indemostrables, que Descartes no niega, diferenciándose en esto de los enemigos de la Metafísica que rehusan muchas veces confesar las bases de que parten. Estas premisas son dos: **un hecho y un postulado**. El hecho consiste en que **nosotros tenemos la idea de lo infinito o lo perfecto**. El postulado es la afirmación de que **lo menos no puede provenir de lo más**.

Probada la existencia de Dios, probamos también la certeza objetiva de nuestros conocimientos, coincidiendo así en Descartes el punto culminante de la Metafísica con el de la Teoría del Conocimiento. Si Dios posee todas las perfecciones y no tiene ningún defecto, no puede engañarnos ni mentir. "El error nace de que siendo nuestra voluntad mucho más amplia y extensa que el entendimiento, se extiende a cosas que no entienñe, eligiendo lo falso por lo verdadero y el mal por el bien". Descartes sostiene pues una teoría voluntarista, por lo que respecta a la verdad o al error de nuestros juicios.

Este es, en resumen, el camino recorrido por Descartes en sus tres primeras meditaciones sobre la Metafísica, camino por el cual, partiendo de la duda metódica prueba la existencia del espíritu y de Dios, realidades que Descartes se hallaba interesado en demostrar porque fundamentan no solo la Filosofía sino también la Religión. Aunque Descartes se apartó de los métodos tradicionales de la Escuela, un mismo propósito apologético lo guió en sus especulaciones metafísicas. Tan es así que nunca quiso que su principio de la duda universal se aplicara a las verdades reveladas.

Jorge del BUSTO VARGAS.

BIBLIOGRAFIA

- Obras Completas.—Descartes.
- Descartes.—Jacques Chevalier.
- Historia de la Filosofía.—Messer.
- Historia de la Filosofía Moderna.—Dominguez.
- Tres Reformadores.—Jacques Maritain.